

TEODORA.

6

LA PIEDAD FILIAL.



TEODORA! Teodora! Ah Dios mío! segura estoy de que no vendrá.

—¿Y por qué no? respondió una niña de varias que se hallaban jugando en un hermoso prado de una aldea de Vizcaya. Toma! no vendrá porque no vendrá: la cosa es clara.—Tan clara que no lo comprendo. Nuestros padres nos han permitido correr y divertirnos en el prado, la tía Juana nos acompaña, y todo vá en regla, porque ya véis tú Luisa, con decir la tía Juana está dicho todo nada menos que

la hermana del señor cura. Ahora pregunto yo, por qué Teodora no vendrá?

—Por qué....? por qué? Yo te lo diré, porque siempre que en el campo se llama á Teodorita nos responde con su voz melosa: No puedo ir á jugar, mi madre me aguarda. La pedimos: que venga á hablar ó á coser con nosotras á la sombra del nogal: con mucho gusto iría, responde, pero si dejo sola á mi madre se fastidiará. Quieres venir con nosotros á la feria de la aldea inmediata, y que dispongamos una gira en burros? otra vez será, dice, porque está tan mala mi abuelita que no tendría alma para divertirme hoy: y siempre nos saca á relucir su padre, su madre, y su abuela, y hasta su hermanito, ese embeleco que no tiene cuatro años y que siempre va agarrado á sus faldas ni mas ni menos que si fuese su sombra.

—Eso es fastidiosísimo, dijo Luisita meneando la cabeza.

—Es decir cargante. Negarse á ir á paseo y á la feria es una gran tontería, es llevar ya muy allá el amor á su familia; vamos! y como su familia es tan amable! su padre es un poco violento, pase porque es un herrero, su madre es una santa mujer, el hermanito un vocinglero que por nada llora, la abuela casi un niño.

—Toma! no se debe por eso vituperar á Teodorita, respondió otra de las niñas, en todo eso no hace mas que cumplir con su obligacion. ¿No nos dice el señor cura todos los domingos, honra á tu padre y á tu madre y vivirás largo tiempo sobre la tierra!

—Por esa cuenta dijo otra de las niñas, que aun no habia desplegado sus labios, Teodora no acabará de vivir nunca.

Aunque viva mas años que Matusalen, replicó Luisa con un poco de malhumor pero lo peor del cuento es que á nuestras madres les ha caído tan en gracia que á cada paso, y á cada momento nos están con que Teodorita haria esto.... Teodorita haria lo otro.... Es una niña de bendicion, y cantan sus alabanzas desde por la mañana hasta por la tarde, y si agotan este capítulo es para empezar la lista de nuestros defectos. Ya esto es demasiado: es preciso que reunamos todos nuestros esfuerzos para que Teodora sea como nosotras, aunque no fuese mas que por cerrar el pico á las buenas lenguas de la aldea..... pero hé-tela allí justamente que vá á entrar en el corral de su granja á echar de comer á las gallinas.—Sostenedme todas, y manos á la obra. Teodora! Teodora!

Una graciosa jóven se aproximó á la puerta que era de berjas de madera.

Y bien Teodora, dijo Luisa, no vendrás esta tarde á jugar y correr con nosotras?

Si, si, ven, exclamaron todas las niñas á la vez.

Siento mucho mis queridas amigas, no poder salir á jugar con vosotras, mucho lo siento, pero....

—No lo decia yo? exclamó Luisa con aire de triunfo. Tendrá tos tu hermanito, dolor de muelas tu madre ó está de mal humor tu padre como de ordinario porque gana poco en su oficio.

—No es nada de eso Luisa: pero mi abuelita.... Ya caigo, tendrá sú catarro, y su reumatismo tan viejo como ella y sus dolores cuya relacion duraria de Pascuas á Navidad, ó tal vez sus rarezas, que algunas la he conocido.

—Me afliges Luisa, dijo gravemente Teodorita, dices que me quieres como una hermana, y crees probarme tu amistad burlándote de toda mi familia.

—Tu familia! tu familia!.... como te trata tan bien, todo el dia te están riñendo.

—Su deber es reprenderme cuando yo no me porto bien.

—Tu abuela está enteramente chocha.

—Razon de mas para que yo la cuide con mas esmero. Cuando yo era pequeña y su vegez verde aun y vigorosa como la de estas grandes encinas, ella me mecía en sus brazos á todas las horas del dia, ella acallaba con la mayor paciencia á fuerza de caricias mis gritos, ella alternaba con mi madre al lado de mi cuna. Las dos se privaban de su sueño para proteger el mio, las dos trabajaban hasta deshora de la noche á la pálida luz de una lámpara, meneando con el pie dulcemente mi cuna, cantando con tono lento y armonioso una cancion para dormirme. Mi infancia ha sido enfermiza: mi madre pobre entonces, no me avergüenzo en decirlo, vendió sus vestidos uno á uno para cuidarme, mi abuela se deshizo de sus cortas alhajas para pagar al médico de la ciudad.....Aquí la jóven juntó sus manos con fuerza, y lloró. Ahora me toca á mí pagarles tanto amor, añadió despues de un momento de silencio.

—Tú eres una buena hija, dijeron á una voz todas las niñas.

—Sí, dijo Luisa con afectada sonrisa, tu vales mas que todas nosotras, pero ahora deja tus gallinitas, y abre la verja para que te veamos bien.

Las niñas cambiaron una mirada de intelegencia, se trataba para ellas de un golpe maestro, nada menos que de llevarse á sus juegos á la fuerza á la pobre Teodora.

La confiada jóven abria la verja cuando una voz que hizo estremecer á las conspiradoras articuló gravemente un *Buenas tardes hijas mias* que desconcertó sus proyectos. Era nada menos que el señor Cura de la aldea en persona.

Como está vuestra amable familia, Teodora? preguntó el digno pastor.

Tal cual, señor cura, contestó la jóven haciéndole una profunda reverencia.

Pues que el Sr. Cura, dijo en voz baja Luisa, es tan indulgente para nosotras voy á hablarle de nuestro asunto. —Señor Cura! dijo tosiendo ligeramente. El buen anciano que ya se disponia á entrar en el patio de la quinta, volvió la cabeza hácia donde estaban las jóvenes.—Qué quieres hija mia? la dijo con dulzura.—Teodora nos dá una porcion de excusas para no venir á paseo con nosotras, es martir de su familia, se levanta al cantar el gallo y se acuesta la última de la casa, negándose obstinadamente á toda distraccion. Dios dice «honra á tu padre y á tu madre eso es corriente: pero no ha dicho en ninguna parte, mádate por tu madre ó tu padre..... no es verdad señor cura que Dios quiere que nos conservemos?

—No hay duda, respondió con sonrisa el anciano pastor, Dios quiere que nos conservemos, pero dá formalmente su maldicion

:

al hijo que descuida á sus padres, y tú debias saber esto, niña, porque yo os lo repito á todas, muchas veces en la iglesia y tú eres muy aturdida.

Es verdad, contestó con cierta viveza Luisa que habia permanecido un momento como avergonzada: soy un poco aturdida, pero obedezco razonablemente á mi madre, y cumplo estrictamente mi deber.

Es decir, replicó el cura, que no cumples del todo tu deber. Tú obedeces como una muñeca de resorte, maquinalmente sin afeccion, sin gusto: respondes á tu madre bien, cuando estás de buen humor, la cuidas cuando está mala, pero con impaciencia, con disgusto, lo diré todo, hasta con bruscos modales. No es así Luisa como lo hacia contigo tu madre, cuando no eras mas que una criatura incapaz de manifestar tus necesidades mas que con llanto y gritos: la pobre muger velaba con ansia, con preocupacion en el cuidado de la casa porque un pensamiento solo ocupaba su corazon, tú y siempre tú. Al menor movimiento que hacias durante tu sueño corria mortalmente asustada á tu cuna, é inclinaba su rostro inquieto sobre tu cara para espiar tu respiracion, arreglaba á tu alrededor bayetas para preservar del frio tus delicados miembros, ó colocaba un pañuelo de lienzo sobre tus débiles ojos para garantirlos del ardor del sol. Pobre muger que hilaba hasta bien entrada la noche para mantenerte, y que tu llanto privaba del sueño hasta al amanecer! Al levantarse el sol comenzaba de nuevo una vida dura y laboriosa para ganar penosamente el pan que debia alimentarte.

¡Cuántas penas, cuantos cuidados no habeis costado todas! Tales son siempre las madres, ya habiten en las humildes chozas, ó en los soberbios palacios. En todas partes sacrifican su juventud, su salud, su vida al bienestar de sus hijos, y vosotras niñas les medis su amor!... y quereis cumplir solo estrictamente y con disgusto los deberes fáciles y ligeros de la piedad filial!... y temeis hacer demasiado por los que os han dado la vida, por los que se han impuesto tan duros sacrificios para vestiros, para alimentarlos, para educarlos!... Ah! bien dice el proverbio, que el corazon de los padres es de los hijos, y el de los hijos, de piedra! ●

—Pero Sr. Cura, los padres no siempre tienen razon, si mi madre me mandase una cosa difícil, tan difícil que no pudiese hacerla?

Preciso es intentar cumplirla, hija mia, y Dios te ayudará, habeis leído la hermosa historia de Tobías: cuando el piadoso anciano dijo á su jóven hijo: yo he prestado diez talentos á Gabelo que vive en Ragés, en Media ves á cobrar esta suma,— Admirado quedó desde luego el jóven hebreo, preciso era para

esto atravesar desiertos inmensos donde el sol ardiente y árido abrasaba, ignoraba el camino, y los leones y tigres abundaban en aquellas vastas soledades de arena. En lugar de rebelarse contra un mandato que ponía su vida en peligro, y cuyos riesgos aumentaba aun su exaltada imaginación, el hijo sumiso respondió á su padre.—Dispuesto estoy á hacer lo que me mandais pero no conozco á Gabelo, ni sé el camino de Rages.

—Busca un guía, contestó el anciano, y Dios que ama al hijo obediente le envió uno de sus ángeles para acompañarle.

—Pero la autoridad de los padres tiene un límite.

—Sin duda el de la vida que de ellos habeis recibido.

—No hay otro señor cura? pues si mi abuela viviese, replicó Luisa, tendría derechos y mandaría en mi madre que ya tiene hijos?

—Los derechos de un padre y de una madre son imprescriptibles. Dios no ha dicho: honra á tus padres mientras los necesites, sino hónralos siempre, y en todos los instantes de tu vida. Los hijos que se aíslan de sus padres, los que los dejan solos entregados al fastidio, los que no los cuidan en las continuas enfermedades de la vejez, son hijos sin alma y corazón. Los que se burlan de sus ancianos padres son unos miserables los que los dejan abandonados en la necesidad son monstruos infames que muchas veces castiga Dios en esta vida, y aunque alguna vez se les vea prosperar á los ojos escandalizados del mundo, su fortuna es como el verdor de los juncos que crecen en las lagunas que bien pronto aparecen secos al soplo ardiente de la cólera del Señor.

—Pero y si los hijos son tambien pobres?

Queridas niñas, yo he visto caer muchas veces las hojas en el otoño, y muchas escarchas han encanecido mis cabellos. Tengo grande experiencia y puedo aseguraros que la presencia de los ancianos padres aun en el hogar del hijo pobre es tan poca carga que al contrario es un manantial de bendiciones.—El hijo respetuoso que honra hasta el fin las canas de su padre, que adopta su indigencia, que cuida sus enfermedades, es honrado por los hombres que se apresuran á socorrerle, si le sucede alguna desgracia, porque la verdadera virtud escita las simpatías de todos. Dios por otro lado bendice á este hijo desde el principio al fin de todas sus empresas, y la porción del anciano padre indigente, ó enfermo se halla siempre como una añadidura que pone el mismo Dios sobre el producto de su trabajo.

Vamos niñas, gritó de lejos la tía Juana, qué no se pasea hoy? Servidora de vd. señor Cura, dijo cada una de las niñas despidiéndose, y correteando despues loca y alegremente por la pradera hasta llegar á una fuente, á cuyo alrededor se sentaron á descansar.

Como se llama esta fuente? preguntó Rosa (interin recogía en su delantal una porción de flores silvestres que se habían entretenido en arrancar.

—La fuente del parricidio!!

—Sabeis esa historia?... contádnosla, contádnosla, gritaron á una voz todas las niñas.

La tía Juana se sonrió, pasó lenta y pausadamente la mano sobre su frente como para recoger sus ideas y comenzó su relación en estos términos.

La historia que voy á contaros es horrible, y va á asustaros, queridas mías! En una de las tardes tempestuosas del otoño, marchaba un hombre á caballo por esta misma senda que nos ha conducido á esta fuente, llevaba á la grupa de su caballo un saco cargado

Qué había en ese saco?.. interrumpió Luisa.

Vais á saberlo. El viajero pue se hallaba calado de agua porque la lluvia caía á torrentes, y que parecía conocer exactamente el terreno, ató el caballo á uno de los árboles cercanos á esta fuente: tomó el camino del viejo castillo cuyas ruinas veis allá en frente, arrastrando el saco al pálido resplandor de los continuos relámpagos. Todos sus movimientos tenían un aire de inquietud y de siniestra intencion. Deteníase de cuando en cuando para ver si oía algun ruido ó pasos humanos le seguían. Llegó al castillo, y en el patio hay un profundísimo pozo: separó las zarzas que cubrían la boca, midió con la vista su profundidad, la encontró inmensa, regocijóle este descubrimiento, y levantando con gran trabajo el saco, disponíase á lanzarlo al abismo donde nunca la vista del hombre pudiera descubrirlo, cuando una voz agonizante se levanta repentinamente y hace oír estas palabras: Parricidal!... Parricidal! repitió el eco de las ruinas.... Parricidal! murmuró silenciosamente un pastorcillo de corazón animoso que huyendo de la lluvia se había refugiado bajo uno de los arcos del gótico castillo.—

El asesino abrió por un movimiento maquinal las manos, y el saco cayó pesadamente en las entrañas de la tierra. Salió el criminal de este horrible lugar, el cabello erizado, cubierto de frio sudor, tropezando con vacilantes pasos como un borracho. Montó á caballo, pero la tempestad arreciando por momentos le hizo buscar un abrigo peligroso á la sombra de los árboles, que ahora tan dulcemente ondean sobre nuestras cabezas.

El pastorcillo que había seguido con la vista los movimientos desordenados y la estraña accien del desconocido, tuvo gran miedo, y permaneció oculto bajo el arco.

Pasó la tempestad, y el pastor salió de su abrigo dirigiéndose aquí, y vió que el rayo había destrozado las encinas que rodean este manantial, pero con indecible sorpresa descubrió de-

bajo de las ramas un caballero envuelto en su capa. El parricidal murmuró en voz baja con el mayor terror, soy perdido!

El árbol bajo el cual se había colocado el asesino, era precisamente al que había herido el rayo: ardía aun, y el rostro negro é inmóvil del desconocido al resplandor de la llama presentaba un no sé qué de infernal.

El pastor para que creyese que no había sido testigo de su crimen, haciendo un esfuerzo de valor se dirigió á hablarle quitándose su sombrero.

—El viagero no respondió.

Quiere el señor que le enseñe el camino? añadió el pastorcillo aproximándose mas.

Siempre silencio.

Levantó el pastor su palo delante del caballo para ver si este hacia algun movimiento y daba alguna señal de vida, pero el caballo permanecía tan inmóvil como si hubiera sido esculpido en mármol, ó fundido en bronce. —Determinóse entonces á tirar de la capa al viagero é inmediatamente sintió caer á su alrededor una nube de ceniza. El caballo y el caballero no eran mas que un poco de polvo. Dios había oído el grito del padre agonizando y el rayo pronto á obedecer á aquel que manda á las tempestades había muerto al parricida.

Ah! Dios mio! exclamó Luisa, esta historia hiela la sangre en las venas.

—Horrible es en efecto, dijo la hermana del cura, y yo os ruego que reflexionéis sobre ella. Tú no eres buena, Luisa para con tu madre, y yo te he oído decirlo muchas veces: no quiero hacer esto, que fastidio! La haces que se ponga mala de pesar algunas veces, y si este pesar abrevia sus dias, serás parricida tambien. Ayl hijas mias, la vida es una tela de araña que el mas ligero soplo destroza, y la inquietud que corroe el alma, como el orin al hierro, el dolor que provoca lentas é incurables enfermedades, la cólera que mata como el rayo, todo esto puede sobreenir por la mala conducta de los hijos. El parricidio tal como yo acabo de contároslo en esta historia es una cosa muy rara.... Pero los parricidas que matan lentamente á los autores de sus dias administrándoles pesares y disgustos en pequeñas dosis, como el veneno lento son por desgracia mas numerosos que las hojas de este grande árbol, cuya sombra proyectándose hácia el norte nos advierte que ya es hora de terminar nuestro paseo y retirarnos á casa.



JUAN BARTH.

Las mas bellas disposiciones naturales quedan deslucidas por la falta de educacion. El que desde niño no se ha aplicado á adquirir instruccion y con ella los buenos modales, porque el estudio suaviza el carácter, y modera las pasiones, despues á la mejor ocasion viene á descubrir su falta de principios, y á oscurecer sus acciones por grandes y gloriosas que sean.

La falta de educacion es siempre un mal muy grande, pero es doblemente notable en las personas que han llegado á un puesto elevado. Los honores, las dignidades no bastan á dar al hombre educacion, es decir el trato dulce, afable y modesto con que debe comportarse en la sociedad, al contrario su elevacion misma descubre mas esta falta.

La corte de Francia en el reinado de Luis XIV era la corte mas culta, mas poética y galante de la Europa. La cortesana, la finura en los modales brillaba en todos los caballeros de aquella época.

La Europa admiraba las grandes victorias de Luis XIV y en los jardines deliciosos de Versalles se celebraba en 1691 el triunfo naval que acababa de alcanzar la Francia sobre la marina holandesa.—Juan Barth habia conseguido tan completa victoria

y este intrépido marino hijo de un pescador de Dunquerque se había distinguido desde muy pequeño por su valor, pero no había recibido de sus padres instrucción ni educación alguna. No sabía leer, ni aun escribir su nombre, pero conocia practicamente todas las obligaciones de un buen marinero, y de un soldado de tripulación.—Para los que han visto á sangre fria los horrores de una batalla naval, las sangrientas escenas de un abordage, los combates en tierra parecen un juego, una especie de torneo un poco menos inofensivo que los que en otros tiempos celebraban los caballeros delante de las damas de la corte. A la mas grande intrepidez y valor debe reunir el marinero encargado de la direccion de un buque talentos muy superiores á los que se exige á un oficial del ejército. Las nociones comunes de gramática, de cálculo, física y demas de que se compone la educación, que se dá en los colegios de marina, á los aspirantes á esta gloriosa y peligrosa carrera, eran desconocidas al intrépido Juan Barth pero habia sabido como almirante de la flota francesa abrirse paso por medio de las escuadras reunidas de Holanda é Inglaterra, destrozando completamente á la primera.

Luis XIV, quiso ver y conocer de cerca á su gefe de escuadra de cuyo carácter se contaban las mas curiosas anécdotas, y cuyos bruscos modales eran el objeto de la crítica de los elegantes y afeminados cortesanos.

—Hoy espero al almirante Barth, dijo el Rey á un grupo de cortesanos que habian estado haciendo dos horas de antesala para tener el honor de saludarlo al volver de la caza.

—Vamos á ver el oso? dijo uno de los caballeros.

—Cuentan que es un hombre intratable, tan brusco que si V. M. le invita á una de sus reuniones van á asustarse nuestras hermosas damas.

—Podremos perdonarle el susto que les cause, respondió el Rey á cambio del que ha dado á los Holandeses, y al almirante Hidde. Además, señores, que yo creo que haya mucha exageracion en lo que de él se cuenta. También decian que es muy avaro, y ayer se presentó al ministro con un vestido de tela de oro, forrado en plata como pudiera llevarlo el mas pródigo de vosotros, probablemente serán lo mismo y tan exactas las noticias que corren sobre sus modales.

Un page anunció en este momento la llegada del gefe de escuadra Juan Barth. Llegó, besó con respeto pero sin humillacion la mano de Luis XIV, que le recibió con las mayores muestras de aprecio y estimacion. Tenia el lenguaje, el tono, y los modales de un marinero, pero su figura varonil y terrible, su aire y gesto amenazador obligaron á contener la desdenosa sonrisa con que le recibian los cortesanos cuyos modales tan estraordinariamente contrastaban con los suyos.

El rey le anunció que le nombraba almirante, y él sin cuidarse de darle las gracias, ni gastando cumplimento alguno, le contestó.

—Ha hecho muy bien V. M.

El rey le mandó que le esplicase como había podido abrirse paso con su flota al través de las escuadras Holandesa é Inglesa tan superiores en fuerzas á la suya.—Barth colocó sin pronunciar una sola palabra á varios de los señores que se hallaban presentes en posiciones que representaban las que ocupaban las escuadras enemigas y dirigiéndose al rey, delante del que se hallaban colocados los cortesanos, le dijo:

Estos señores son de la escuadra inglesa.... estos otros la escuadra holandesa... yo la escuadra de V. M.... y lanzándose bruscamente sobre ellos dando terribles puñetazos á derecha é izquierda, llegó hasta el rey derribando en menos de un minuto en el suelo á todos los cortesanos que quedaron muy escandalizados de su rudeza, y el rey muy maravillado de la claridad de su demostracion.

Mordiéronse los labios de ira los cortesanos, y aun cuando pensaron pedirle una satisfaccion, sea por miedo á las fuerzas y ánimo de Barth, ó bien porque el rey estaba convencido que el nuevo almirante no había querido injuriar á los cortesanos, y sí solo demostrarle una operacion marítima, ninguno reconvino é Barth que volvió á ponerse al frente de su escuadra, y á derribar en los mares los buques enemigos, como había derribado en los salones del palacio de Versalles á los que se burlaban de su falta de educacion, y principios que sus padres por su pobreza se descuidaron en darle desde la niñez, y que en vano despues intentó adquirir.

M.



JUEGOS DE LOS NIÑOS.



EL TORO.

Venid acá pimpollitos, pero venid con las montañas de papel y las hombreras y alamares de color de rosa, el corazón tranquilo y animoso, á la castellana, y las piernas sueltas y temblorosas, á la valenciana, pero cuidado, que habreis de venir todos alegres y decididos pues que se trata nada menos que de jugar al toro.

No sabeis vosotros, ni yo tampoco, quien fué el inventor de este juego, pero lo que yo me sé y no sabeis vosotros, es que ya en tiempo del rey Vamba, que fué un rey go do que hace muchos siglos que se murió, los muchachos españoles jugaban al toro. Este juego es propio, esclusivamente nuestro; los demas muchachos que fuera de España destrozán zapatos y levantan polvo, corriendo y triscando desatentados como manadas de cervatillos, no le conocen. Os digo esto, porque si acaso algun muchacho francés ó ruso ó aleman, os refiere que sabe tantos y cuantos juegos, podais responderle con ufanía « todos esos juegos que tú dices tambien los sabemos por acá; pero tú no sabes jugar al toro.»

Este, hijos míos, es el juego muchachil, mas esencialmente español, el que está dentro de nuestra sangre y el que todos los españoles han jugado, desde los reyes hasta los pastores.

Ya conoceis vosotros que este juego es una imitacion infantil de las hombrunas corridas de toros; y nosotros que hoy nos hemos impuesto el alegre deber de hablaros de todos los juegos muchachiles que se conocen, estamos tambien en la obliga-

cion de advertiros las contras que tengan para que las eviteis. Nada mas natural y justo, que divertirse inocentemente y sudar la travesura de la primavera de la vida despues de haber cumplido esactamente con los deberes que Dios y la sociedad imponen á la infancia.

Vamos al toro. Por supuesto que uno de vosotros tiene que serlo; generalmente le toca la suerte el mas robusto y menos avisado. Esto no es una ofensa ni una calamidad, porque está compensado con los empujones que dá á diestro y á siniestro, y con llamar la atencion del público tauromáquico y de los lidiadores. Pero aqui entra la dificultad. En primer lugar tiene que haber picadores armados de vara en ristre, lo que estos picadores deben hacer, es hacer como que hacen y no hacer, porque de lo contrario os podriais sacar un ojo, y esta gracia no tiene gracia. Vienen luego las banderillas, y tambien es preciso hacer como se ponen y ponerlas al aire, que es un señor mayor que todo lo sufre y de nadie se queja porque nadie puede dañarle.

Pero en esto de las banderillas hay que tener presente que la suerte mas bonita y elegante es la llamada á *topa carnero*, que es la que se ejecuta citando al que hace de toro cara á cara, y cuando llega el momento de aparentar que se ponen, salirse por un costado con el salero del mundo. Despues de las banderillas viene la suerte de matar al toro. Esta es la mas dificil y la principal del juego. Deben hacer de espadas los mas formales y granaditos, los que hayan ganado mas puntos y vales en el aula y tengan sobre los otros el imprescriptible derecho de antigüedad. Puesto el espada delante del que hace de toro le presenta la muleta (esto es, un pañuelo pendiente de un palo,) y despues de darle tres ó cuatro pases, se prepara la estocada y hace como que la dá, y el toro se finge muerto. El público aplaude, y en seguida hace de toro otro de los lidiadores. Este juego evitando los inconvenientes que dejamos indicado, es útil y salúífero, porque dá fuerza y robustez al cuerpo y alegría y des-senvoltura al ánimo, y sobre todo es juego español.

Suene el alegre clarin,
y retumben los timbales;
repita el eco *tirín*
hasta llegar al confin
de las playas orientales.

Salga el toro, salga fiero.
Paco será picador,
Antonio banderillero,
Eduardo cachetero,
Y Perico matador.



RESPECTO A LOS MAESTROS.

El Emperador Teodosio eligió por preceptor de su hijo Arcadio á Arsenio, á quien dió habitacion en su mismo palacio tratándolo con la mas alta distincion. Considerábanlo como un tesoro que el cielo le enviaba, y le rogó que mirase al niño Arcadio como un hijo, y no como un príncipe que un día debia ocupar el trono del imperio romano, tratándole con toda autoridad á fin de que un día fuese un digno Emperador.

Al mismo tiempo Teodosio recomendó al jóven príncipe la mayor docilidad, obediencia y respeto á los preceptos del maestro: repitiéndolo muchas veces estas notables palabras. *«Acuérdate siempre, hijo mio de que mas has de deber á tu preceptor que á mí mismo. A mí me deberás tu nacimiento y el imperio: de él recibirás la sabiduria, y en lo sucesivo mas será él tu padre que yo mismo.»*

El ilustre emperador Teodosio no omitió ni olvidó consideracion alguna de las que podian hacer mas respetable al maestro, y mas obediente al discípulo.—Habiendo entrado un día en el cuarto de su hijo para presenciar las lecciones, lo encontró sentado, y á su lado de pie al preceptor Arsenio;—Quejóse fuertemente del uno y del otro. Arsenio trató de escusarse manifestando que creia deber prestar este honor al jóven príncipe, que efectivamente habia sido revestido de la púrpura imperial desde la edad de ocho años, por la voluntad de su padre y consentimiento del pueblo. El emperador sin admitir esta razon, y desechando toda escusa mandó al maestro sentarse, y que el príncipe estubiese siempre de pie durante la leccion. En una palabra, para quitar todo motivo de etiqueta política, ordenó Teodosio que se desnudase al jóven príncipe de todos los signos de la magestad para darla leccion, añadiendo, *que le miraria como indigno de suceder en el imperio si no supiese dar á cada uno lo que es debido.*

Recórranse los fastos de la historia y se verá en qué grande estima estaban en la córte de Creso los famosos sábios de la Grecia; el gran aprecio que Pericles hacia de las lecciones de Anaxágoras, y con que avidéz los primeros ciudadanos de Atenas escuchaban las conversaciones de Sócrates. Cuanto no fue el respeto y amor de Dios para con el filósofo Platon no obstante que vivia en medio de una corte corrompida por los placeres. Que gusto no inspiró Aristóteles á su discípulo Alejandro el Grande aun por los conocimientos mas abstractos, y en fin cuan reverenciados fueron Pitágoras, y sus discípulos por los príncipes de la parte de la Italia que se llamó la Gran Grecia!

No cedieron los romanos á los griegos en honrar y respetar á sus maestros. Vemos á Paulo Emilio despues de la conquista de Macedonia mirar como el mas precioso fruto de su victoria el haber hecho venir de Grecia á Roma un filósofo para educar á sus hijos que ya se hallaban al servicio del estado y para conversar él mismo con este sabio en sus horas de descanso.

Scipion el africano, vencedor de Cartago y de Numancia esas dos terribles y poderosas rivales de Roma siempre lleno de las mas importantes ocupaciones, tanto en la paz como en la guerra, halló medio de procurarse tiempo para gozar de la instructiva conversacion de Polibio y del filósofo Panetio que llevaba siempre en su compañía.

Cuantos honores no dispensó el gran Pompeyo á Posidonio, yendo espresamente á Rodas, al volver de sus gloriosas campañas contra Mitrídates, para ver y oír á este filósofo!

En todos tiempos, en todas las naciones cultas, los sábios y maestros han sido tratados con la mayor consideracion por los mas grandes hombres. Amables niños, mucho debeis á vuestros padres, de ellos recibis la existencia, pero á vuestros maestros debeis mucho tambien, pues ellos os hacen existir para la sociedad iluminando vuestra razon, y cultivando vuestros talentos que por grandes que sean sin la instruccion permanecerian estériles.

EL PITO.

Un dia de feria el célebre Benjamin Franklin cuando no tenia mas que seis años recibió de sus parientes un bolsillo lleno de monedas de plata y se dirijia á una tienda de hermosos juguetes para comprar el que mas le agradase, cuando en el camino encontró un niño que volvía de la feria con un pito. El niño Benjamin le ofreció todo su dinero por adquirir el pito que apenas valdria dos cuartos, y se volvió alegremente á su casa silbando, y destrozando los oídos á toda su familia.—Cuando les manifestó el exorbitante precio del pito se burlaban todos los parientes de él, y le decian que habia pagado el pito cincuenta veces mas de lo que valía.

Pensó entonces ya tarde y tristemente cuantos hermosos juguetes hubiera podido adquirir con el dinero que habia malgastado en la compra del pito, que á poco de tenerlo ya no le causaba diversion alguna. Sin embargo sacó de él una grande utilidad. Cuando tenia tentacion de comprar alguna cosa que no creia de utilidad se decia á sí mismo: no des demasiado por tu pito.

Cuando Franklin se hizo hombre, notó que muchas personas pagaban demasiado por su pito.

Veía á alguno sacrificar su reposo, su libertad, su virtud por obtener el favor de la corte, y se decia á sí mismo: He ahí un hombre que dá demasiado por un pito.

Si veía alguno que por satisfacer sus inclinaciones y caprichos disipaba su fortuna, y alteraba sus facultades intelectuales, no dejaba de decir: hombre engañado que te espones al dolor creyendo encontrar el placer, tú das demasiado por un pito.

Despues de haber visto á un pródigo gastar su patrimonio en objeto de lujo, dijo al saber que habia terminado sus dias en un hospital: he ahí un hombre que ha pagado demasiado caro un pito.

En una palabra, creia que la mayor parte de los hombres daban demasiado por un pito y que se atraian muchísimos males por no saber apreciar las cosas en su justo valor.

Sin duda de aqui nació la espresion para denotar una cosa de poco valor.—*No vale un pito!*

FÁBULA.

LA PANADERA Y EL HARNERO:

Cierta panadera
Nueva en el oficio
Compró diez costales
De excelente trigo.

Mas revuelto estaba
Con avena y mijo
Y el pan le salia
Negro y desabrido.

La pobre queria
Que fuese exquisito
Porque lo comprasen
Todos sus vecinos..

Y así diligente.
Fuese el tiempo frio
Fuese caluroso
Iba ella al molino.

Y despues la harina
Con afan prolijo
Cernia ella misma
En un liezo fino.

Pero todo en vano

El trigo era el mismo,
Y nunca vendía
Ni aun un panecillo.

Quejábase triste
Haciendo el cernido
Y echaba la culpa
Al cedazo fino.

Pero un viejo harnero
Dejado al olvido
Como trasto inútil
Oyola y la dijo:

Si antes de molerlo
No cribas el trigo
Qué ha de sucederte,
Sino es puro y limpio?

Este en otros tiempos
Era mi ejercicio,
Si en él me repones
Tendrás pan florido.

Descolgó el harnero
Con él cribó el trigo,
La harina fué blanca
É hizo un pan muy rico.

De bueno y de malo
¿Cuanto no hay escrito?
Los maestros y padres
Harán con los libros,

Lo que hizo el harnero
Con la avena y trigo,
Si educar bien quieren
A los tiernos niños.

